

Recibido: 16-03-2015
Aceptado: 01-04-2015

Link Open peer review:
<http://revistas.ucm.es/index.php/TEKN/pages/view/opr-268>

¿Desbordar el “dentro”-“fuera”?

Going beyond the “inside-outside” dilemma?

Joan Subirats Humet

Universitat Autònoma de Barcelona
joan.subirats@uab.es

RESUMEN

En este texto se parte de un dilema clásico en los movimientos sociales, esto es, la conveniencia de “entrar” en las instituciones políticas para así ganar posiciones de poder y modificar la realidad en el sentido deseado, o bien quedarse “fuera”. En la España actual, tras más de siete años de crisis y en plena asimilación de lo implica el cambio de época, la emergencia de Podemos y otras formaciones políticas, vuelve a plantear este tema desde nuevas bases. El problema no es reemplazar unas élites “quemadas” por connivencia y corrupción, con otras nuevas que regeneren el sistema (de siempre). Lo que se plantea es que desde la esfera colectiva se “asalten” las instituciones y se recuperen para el común. No está claro que ese proceso se afiance o que acabe diluyéndose. Pero la fuerza del desafío sigue presente.

PALABRAS CLAVE

Asalto, cambio, élites, instituciones políticas, Podemos.

ABSTRACT

This article addresses a classic dilemma of social movements: whether to "enter" political institutions in order to gain a position of power and change reality in the desired direction, or just stay "outside". In Spain today, after more than seven years of crisis, and with a clear understanding of what “a change of era” means, the emergence of other political parties raises this issue from new points of view. It is not a question of substituting the elite, worn out as a result of their collusion with economic powers and corruption, with a new one that will regenerate the same system. It is a question of assaulting the institutions from the public sphere and recovering them for the common good. There is no guarantee that this process will succeed, or it will finally dissolve into nothing. But the size of the challenge remains.

KEYWORDS

Assault, change, elites, Political Institutions, *Podemos*.

SUMARIO

¿Dónde situar Podemos?

¿Democracia expandida?

¿Nueva política?

SUMMARY

Where to place *Podemos*?

Expanded Democracy?

New Politics?

¿Dónde situar Podemos?

Decía hace poco Marina Garcés que cada vez tenía menos sentido seguir planteándose el clásico dilema de los movimientos sociales entre estar “dentro” o “fuera” de las instituciones. Sobre todo cuando lo que está en juego es la necesidad imperiosa de recuperar la capacidad de decidir sobre lo que nos afecta ante a un secuestro de las instituciones que ha reducido enormemente sus márgenes de maniobra. La reciente emergencia de “Podemos” o de “Guanyem”/“Ganemos” y su rápido enraizamiento, muestran por un lado la existencia de un vacío político que no encontraba representación en la estructura de partidos existente desde la Transición, y por otro la posibilidad de convertir en fuerza transformadora e institucional todo el capital político acumulado antes y después del 15M por parte de los movimientos sociales. Si abrimos el foco, lo que vemos es la explosión de la nueva cuestión social en esta fase de postfordismo tecnológico. Los equilibrios del 45, forjados en el compromiso socialdemócrata-democristiano, consiguieron convertir en suma positiva el pacto entre economía de mercado nacional regulada y fiscalmente contributiva y un Estado-Nación con políticas públicas de carácter redistributivo que aseguraban que no creciera la brecha de la desigualdad, que garantizaban un nivel de dignidad suficiente a todos, y que además permitía canalizar pautas de consumo favorables al conjunto. Hoy estamos en otro escenario. Con mercado global y estados “locales”, incapaces de poner límites al poder financiero global, a la evasión y elusión fiscal, con un aumento impactante de la brecha social, y con una democracia, que si solo es entendida desde la perspectiva mínima de elecciones cada cuatro años, va perdiendo gran parte de su legitimidad.

En ese contexto, lo de “Podemos” parece un milagro, o, como dice Santiago Alba Rico, un ejemplo de “alineamiento planetario de contingencias y voluntades”. Esa conjunción astral, ha tenido la capacidad de oír el ruido de fondo y trasladar, en forma de sentido común radical, las aspiraciones de cambio de gentes que cada vez se sentían más ajenas al sistema político. Frente a la asepsia y la docilidad con que las fuerzas políticas que han ido turnándose en el poder en España han encarado esta fractura de las bases del acuerdo democrático, Podemos pretende “patear el tablero de juego”. La respuesta es la acusación de populismo. “Durkheim dijo una vez que el socialismo era el grito de dolor de la sociedad moderna. El populismo es el grito de dolor de las actuales democracias representativas”. Así decía en un artículo el profesor de ciencia política de Chicago, John McCormick. La combinación de crisis

económica y la gran alteración estructural de muchos puntos de anclaje de la gente (trabajo estable, familia sólida, ciclos de vida previsibles, garantías de mínimos vitales...), junto con la evidencia de que ha habido unos pocos que se han aprovechado de manera descarada de ese escenario, han generado una reacción simple pero sólida: que paguen más los que más tienen, que los poderes públicos aseguren lo básico, que se atempere la desigualdad galopante y que se sea mucho más duro con un capitalismo financiero desatado. Si eso es populismo, lo probable es que cada día haya más populistas.

Desde hace años, uno de los activos más importantes de las experiencias de acción colectiva que se han sucedido, ha sido su continuada creatividad para generar nuevas formas de articulación y acción con las cuales comunicar y transmitir demandas, generar solidaridad e identidad entre sus miembros y, sobre todo, desafiar a sus adversarios. En este sentido, las nuevas formaciones que hoy centran nuestro interés han incorporado al “repertorio” de acción colectiva tradicional formas nuevas que al ser aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas (V de Vivienda, Contra Ley Sinde,...) han terminado por integrarse en la nueva cultura política. Y han ido siendo capaces de generar sus propios contenidos, de propiciar su propia agenda comunicativa, utilizando de manera intensiva y profesional las capacidades y potencialidades de las redes sociales y la democratización de los instrumentos de difusión. “Podemos” ha sido capaz de aprovechar la potencia de su trabajo multicapa, combinando formatos y multiplicando líneas de comunicación. Su hibridez y su heterodoxia les ha permitido llegar a grupos y personas muy distintas, sin dejar de usar la red en todas sus variantes. De esta manera, se ha ido consiguiendo generar un discurso alternativo al dominante que tendía a considerar como inevitable o imposible de modificar la realidad circundante. Lo normal fue y sigue siendo considerar que ese tipo de movilizaciones son muy arriesgadas, sirven para muy poco o que acaban provocando efectos contrarios a los que se buscaban. Es lo que Hirschman (1991) denominó como “retórica intransigente”. En efecto, la retórica intransigente apela a tres temas fundamentales: el riesgo, la futilidad y los efectos perversos. El riesgo supone exponer que cada vez que intentamos cambiar algo se corre el riesgo de perder lo que ya se tiene, y que por tanto, la inactividad es la postura más prudente puesto que el riesgo de perder lo acumulado es mucho más previsible que las posibles ganancias. La futilidad expresa que no existen oportunidades de cambio, y desde esta óptica cualquier tipo de acción no es sino una pérdida de tiempo y recursos. Y los efectos perversos están relacionados con la idea de que cualquier tipo de actuación pensada para el cambio no hará sino empeorar las cosas. Frente a esa “retórica intransigente” se logró levantar una “retórica de la movilización” que en España se ha materializado en el “si se puede”.

¿Democracia expandida?

La aparición de concepciones democráticas más amplias, más incardinadas en la cotidianeidad, así como la búsqueda de impactos que van más allá del terreno político institucional, al impacto cultural o económico, son aspectos que ya estaban presentes de alguna manera en los movimientos sociales desde los años 60. Lo que parece constituir una novedad es la dimensión y capacidad de ambos tipos de impacto. Hasta el punto de tratarse no sólo de un incremento cuantitativo respecto a la movilización propia de finales del siglo XX, sino un cambio claramente cualitativo. La aceleración, expansión y cotidianidad de estos formatos de movilización social, parece abrir las puertas a un proceso de cambio institucional en cierta medida rupturista, que al menos en el entorno español, no se había dado desde la transición de los 70.

En este sentido conviene poner de relieve que ha ido forjándose una conceptualización de la democracia que va más allá de su concepción más estrictamente electoral e institucional. Democracia como expresión de valores como justicia o igualdad. Como expresión del poder para ejercer nuestra capacidad compartida de decidir más allá del sistema institucional y de partidos. Es decir, que aquello a lo que denominamos *democracia* ya no significa simplemente votar cada cuatro años, escoger entre distintas opciones políticas y que quienes están en la oposición puedan llegar a formar gobierno. Se defiende, por tanto, una visión más expandida de democracia, que incorpore, por ejemplo, procesos de autogobierno y tutela legítima sobre el poder, exigencias de bienestar y justicia social o instituciones transparentes de garantía y control. Y de alguna manera alude a valores compartidos y prácticas directas de gestión de lo común, a procesos de deliberación permanentes en todas las escalas de gobierno e instrumentos para rediseñar normas que se adapten a nuevos procesos sociales.

De ese nuevo escenario social y desde esa perspectiva crítica provienen los ensayos, experiencias y prácticas que apuntan hacia una democracia de la *apropiación*. Basada en procesos de implicación colectiva y personal en los asuntos públicos, tratando así de corregir, compensar y modificar la separación tradicional entre gobernantes y gobernados que está en la base de la democracia representativa. Esa *apropiación* de la política, implica superar la visión estrictamente electoral-institucional, y engarzar con mecanismos de control y orientación del poder que vayan más allá de la mera transmisión de mandato o delegación. Una democracia entendida como forma de vida.

Podríamos decir que tras el ciclo 15M, entramos en una nueva fase donde el espacio democrático se amplía, con propuestas y prácticas anunciadas como “nueva política” que empiezan a surgir y que o bien tienen un pie en el espacio electoral o que directamente prometen rebasar o ser desbordadas por la reclamación ciudadana de una “democracia desde abajo”. Estas prácticas se articulan con una demanda que ya venía formulándose y que podríamos resumir así: pasar de un proceso *destituyente* (de protesta y denuncia) a un proceso *constituyente* (de “ocupar” las instituciones). Es esta fase constituyente la que en parte explica el paso de un ciclo pre15M más movimentista hacia un ciclo post15M con mayor contenido electoral. La hipótesis *constituyente* baraja diversas interpretaciones. No hay una sola hoja de ruta ni un único dispositivo político que lidere ese deseo. Un proceso constituyente es algo más concreto si solo se piensa en términos jurídicos (hacer una nueva constitución), pero acoge otros significados más variados y abiertos en la manera en que diferentes opciones políticas actuales lo sitúan como un horizonte ausplicable. Por ello, la hipótesis *constituyente* toma forma en expresiones políticas diferentes, que bien pueden pensarse como experimentos de un mismo sentir social o como apuestas políticas cuya posible articulación conjunta está pendiente de un proceso de onda larga que estaría simplemente iniciándose.

¿Nueva política?

Bajo la etiqueta “nueva política” se han ido calificando diferentes dinámicas sociales que, tras los diferentes ciclos del 15M, han pasado del meme “no nos representan” al “estos sí me representas”. Si bien durante el 15M se expresó de manera contundente la puesta en crisis de la forma partido como dispositivo de mediación de las demandas ciudadanas, los continuos bloqueos institucionales han empujado la necesidad de poner en marcha partidos políticos de nueva generación que puedan aprovechar la “ventana de oportunidad” que se abre en plena crisis de legitimidad institucional.

La pregunta sería ¿qué diferencia a esta “nueva política” de la anterior?. Las respuestas no pueden basarse en otra cosa que en señalar los objetivos pero también las limitaciones de los ensayos que acaban de empezar a desplegar sus hipótesis organizativas y políticas. En estos nuevos partidos y movimientos ciudadanos que buscan afectar la política institucional, se ha querido poner en marcha un conjunto de instrumentos y soportes tecnológicos que permitieran hacer efectiva una democracia de la apropiación: modelos organizativos más horizontales, procesos de deliberación y de toma de decisiones distribuidos, elección abierta y transparente

de representantes, incremento de la calidad de la democracia interna, códigos éticos que garanticen el control sobre el poder delegado, etc.

Pero tanto el repertorio de posibilidades técnicas que ofrece Internet como los modos de hacer de la cultura red que se hayan podido ir acumulando en los ciclos anteriores no son lo único que componen el devenir de estas prácticas. En este arduo camino, vemos cómo las diferentes organizaciones se encuentran con los rumbos históricos de la institución partido o de la institución electoral que componen y determinan los posibles cambios a producir. La dependencia del rumbo institucional emerge una y otra vez haciendo más costoso (en términos de tiempo invertido, recursos humanos, necesidad de saberes especializados, confianza) la posibilidad de implementar un conjunto de reglas que aseguren otra formas de hacer política institucional. Los itinerarios normativos que marcan el suelo institucional no son fáciles de cambiar a corto plazo. El cambio institucional supone un desplazamiento de prácticas y valores enraizados cultural, social y políticamente que tienden a ser perseverantes.

En los experimentos organizativos que hibridan los saberes y modos de hacer del ciclo de movimientos con el espacio de acción institucional de la política convencional, se están abriendo nuevas fases organizativas que todavía no cuentan con un claro desenlace. Hibridar los modos de hacer de la política convencional con los procesos emergentes de la política no convencional supone un pulso entre marcos no siempre compatibles y que no siempre se pueden accionar en igualdad de condiciones. Menos todavía si el suelo bajo el que se buscan impulsar estos cambios viene mediado por ritmos, tiempos y actores que son propios de la política convencional y que, de hecho, han sido particularmente importantes para su forma institucional actual.

Resulta difícil hoy por hoy, discernir si las posiciones más posibilistas que sí ven cambios y una mejora democrática en la “nueva política” son más o menos afinadas que las críticas que aluden a una perseverancia de las instituciones electorales y representativas en su versión más convencional. Lo que sí que parece claro en relación a la “nueva política” es que para un problema político (la mejora de la democracia) no existe una solución estrictamente técnica (Internet). La segunda idea es que para consolidar una nueva democracia no solo importan las instituciones, sino que los modos de hacer y las reglas institucionales ya existentes siempre van a determinar en mayor o menor medida el cambio que se quiere ejercer sobre ellas. O, dicho de otra manera, *la cultura red* emergente que está detrás del 15M y de “Podemos”, se entremezcla con *la cultura institucional* ya existente. Necesitamos seguramente un ciclo más largo para poder ver un cambio efectivo en las reglas mientras que el ciclo corto puede permitirnos un cambio en los actores. Como señalaba la activista Marga Padilla, podríamos

distinguir dos formas de hacer red: “llenar y hacer red dentro” es decir, adaptar las prácticas de la red en el seno de las máquinas electorales; “vaciar y hacer red fuera”, esto es, vaciar las máquinas electorales y construir la red fuera de las instituciones. Probablemente esas tensiones seguirán estando presentes en los escenarios alternativos y de innovación política, y es importante ser consciente de ello ya que esa diferenciación no tiene porque impedir cooperaciones.

A todo esto hay que añadir que ya hay elementos insertados en esta fase de ensayo que, si bien todavía hay que esperar para ver cómo se desarrollan, parecen no tener marcha atrás. Nos referimos a elementos como la paridad de género, el equilibrio entre democracia directa y deliberativa, uso de herramientas para incrementar la transparencia (tanto presupuestaria como en la toma de decisiones), comunicación y diálogo intenso con la ciudadanía, elaboración participada de documentos organizativos, políticos y códigos éticos. Todos estos elementos son conquistas que pueden ir definiendo la forma de hacer política institucional y que no afectan a una organización en particular, sino que van formando parte de una nueva manera de entender el ejercicio y el ámbito de la política. Se trata pues de elementos que no podrán ya ser omitidos sin que ello conduzca a una sensación de reducción de la calidad democrática. Sobre cuánto van a definir estos elementos el devenir de la “nueva política” y si sus valores van a poder seguir tensando las reglas de la política convencional, es algo aún a indagar. El fenómeno “Podemos” y su trayectoria futura serán parte imprescindible de ese devenir y de esa indagación.